

www.elboomeran.com

**Anatole Broyard**

# **CUANDO KAFKA HACÍA FUROR**

(MEMORIAS DEL GREENWICH VILLAGE)

Incluye

**RETRATO DEL HIPSTER**

Traducción

**Catalina Martínez Muñoz**



**Ediciones La uña RoTa**  
*Colección Libros del Apuntador*



ÍNDICE

CUANDO KAFKA HACIA FUROR

9

EPÍLOGO

Alexandra Broyard

195

RETRATO DEL HIPSTER

Publicado en *Partisan Review*,  
en junio de 1948

197



## OBSERVACIONES PRELIMINARES

Creo que hay mucha nostalgia de cómo era la vida en Nueva York, y sobre todo en Greenwich Village, en el período que siguió inmediatamente a la Segunda Guerra Mundial. Todos nos sentíamos agradecidos de estar allí, como si fuera la recompensa por haber combatido en la guerra. Se percibía una sensación de volver a la vida, una energía y una curiosidad increíbles, incluso un sentimiento de destino derivado de la guerra que acababa de terminar. Una dulzura inmensa y seductora envolvía el Village, como el resto de la ciudad de Nueva York. El ambiente era como el de París en los años veinte, con la diferencia de que estábamos en nuestra ciudad. No nos sentíamos extraños, sino todo lo contrario. El Village era un barrio lleno de encanto, humilde, íntimo, accesible, casi un mercadillo. Vivíamos en los bares y en los bancos de Washington Square y compartíamos la aventura de intentar ser escritores o pintores, de empezar a serlo.

La vida en Estados Unidos estaba cambiando, y nos subimos a la ola del cambio. Los cambios eran sociales, sexuales, apasionantes, más todavía por lo jóvenes que éramos, como si compartiéramos la juventud con el propio país. Aun cuando contribuíamos a definirlos, estos cambios nos llenaban de inquietud.

Las dos grandes transformaciones que más me interesaron fueron los movimientos hacia la libertad sexual y hacia la abstracción en el arte y la literatura, incluso en la propia vida. Ambos me concernían no como parte de la historia social sino como asuntos inmediatos de mi vida cotidiana. Ambos me suscitaban sentimientos ambivalentes, y la narración que sigue extrae en parte su energía de la batalla que libré con ellos.

Un inocente como yo, un provinciano del barrio francés de Nueva Orleans emigrado a Brooklyn, me fui a vivir con Sheri Donatti, una chica que era como Anaïs Nin, su protectora, en versión radical. Sheri encarnaba todas las nuevas tendencias del arte, el sexo y la psicosis. Iba a ser mi educación sentimental. Abrí una librería y me matriculé en la New School al amparo de la GI Bill, una ley para promocionar la formación técnica y universitaria de los veteranos de guerra. Empecé a pensar en ser escritor. Reflexioné sobre las relaciones entre hombres y mujeres, tal como estaban en 1947, cuando seguían atrapadas en lo que Aldous Huxley denominaba una simbiosis hostil. El telón de fondo, como el paisaje, como el clima, eran nuestras lecturas y conversaciones. En primer plano se situaban nuestros escauceos amorosos, nuestras amistades y nuestra inmersión, como nadadores o buceadores, en la vida y el arte del país. Este libro es un relato íntimo y personal de la existencia de un joven emocionado y perplejo ante la vida en Nueva York en una de las épocas más fascinantes de su historia.

La tragedia —y la comedia— de mi pasado es que me tomaba la vida muy a pecho, con esa agotadora y ardiente sinceridad que los jóvenes suelen poner en sus relaciones amorosas. Mientras que otros miembros de mi generación alardeaban de su compromiso político, creo yo que esa politización de la experiencia los abstraía de lo cotidiano, de la textura de las cosas. Su visión de la vida en Estados Unidos era exclusivamente platónica. Por emplear una de sus palabras favoritas: estaban alienados. Yo no. En realidad, uno de mis problemas era que estaba alienado de la alienación, que era un integrado entre inadaptados. Los jóvenes intelectuales con quienes me relacionaba se habían analizado y criticado, por así decir, hasta eliminar todo sentimiento de nacionalidad.

La abundante actividad sexual que hay en este libro no es promiscuidad: son relaciones conscientes y nacidas de sentimientos. En lo que al amor y al arte se refiere, siempre he sentido eso que Irving Howe llamó «remordimientos por la civilización». Creo que en ciertos aspectos soy un disidente de la vida moderna. Comparto la nostalgia que desempeña un papel tan destacado, por ejemplo, en las modas y en las películas de hoy.

Esto no son únicamente unas memorias, una crónica: es como una tarjeta de enamorado dirigida a esa época y a ese lugar. Y es también una súplica, un grito, un llamamiento a la supervivencia de la vida en la

ciudad. Hay en el libro una sociología oculta, tal como un cuerpo se oculta debajo de la ropa.

ANATOLE BROYARD  
Southport, Connecticut  
Abril de 1989

PRIMERA PARTE

**SHERI**



Mi vida, o mi carrera, en Greenwich Village comenzaron cuando Sheri Donatti me invitó a vivir con ella. Invitar no es la palabra exacta, pero no sé describirlo de otro modo. Yo acababa de abandonar el ejército y estaba buscando un alojamiento al alcance de mis posibilidades cuando conocí a Sheri en una fiesta. Sheri me dijo que tenía dos apartamentos y, si entendí bien su manera de hablar, me insinuó que podía ir a ver uno de los dos.

Sheri Donatti tenía ese tipo de personalidad que empezaba a estar en boga en Greenwich Village allá por 1946. Era aquella una época en la que Kafka hacía furor, y lo mismo ocurría con el expresionismo abstracto o con el revisionismo en el terreno del psicoanálisis. Sheri era la vanguardia de sí misma. Se había borrado y vuelto a dibujar, había redefinido su forma de andar, de hablar y de moverse, incluso su manera de pensar y de sentir.

Era pintora y parecía más una obra de arte que una mujer guapa. Tenía la frente alta, como una cúpula; el pelo largo, sedoso y castaño de las modelos en los retratos; los ojos azul claro y ligeramente opacos. La nariz era aguileña; la boca fina y desconsolada; la barbilla menuda y en punta. En conjunto, tenía la clásica

ca belleza triste y lánguida que en el Village se definía como del *quattrocento*.

Era delgada a la vez que voluptuosa. Tenía una cintura tan estrecha que le partía el tronco por la mitad, como una personalidad escindida o dos escuelas de pensamiento. Aunque de piernas y caderas fuertes y torneadas, de cintura para arriba era exageradamente flaca. Desnuda daba la impresión de que la mitad superior del cuerpo intentaba trepar desde abajo, como si se estuviera quitando por los pies una prenda muy pesada. Sus gestos y movimientos eran una danza lenta, una parodia de las poses clásicas: muy deliberados, ejecutados a una velocidad media, como si a todas horas tuviera que acordarse, recordarse a sí misma, cómo se comportan los seres humanos.

Pero a pesar de todo, de toda esta afectación, Sheri tenía algo que llamaba la atención. Era como un anticipo de lo que estaba por venir, un invento aún sin perfeccionar, pero que acabaría siendo importante; un presagio, un heraldo, como los objetos hechos añicos del cubismo o la música atonal. Cuando llegué a conocerla mejor, pensé que Sheri era una nueva enfermedad.

El número 23 de la calle Jones era un bloque destartado, con unas escaleras de hierro que retumbaban con un ruido sordo y baños con candado en cada rellano. No había timbre en el portal, y la puerta no estaba cerrada, así que subí al segundo piso, tal como Sheri Do-

natti me había indicado. Cuando abrió la puerta me fijé en que llevaba las piernas desnudas y el vestido oscuro se ceñía deliciosamente a sus muslos.

El apartamento tenía tres habitaciones pequeñas, con la cocina en el centro. Me hizo pasar a su estudio, como ella lo llamaba, donde había cuadros en las paredes y un lienzo sin terminar sobre un caballete. Nos sentamos y comenzamos a fabricar o ensamblar una conversación. Como ocurría con todo lo demás, costaba un poco acostumbrarse a la forma de hablar de Sheri. Daba el mismo acento a todas las sílabas y susurraba o salmodiaba las vocales. Sus frases no tenían una entonación ascendente y descendente, y parecían como desmembradas, parceladas, aunque al mismo tiempo sonaban como un oráculo. Me recordaban a la literatura experimental, a «la revolución de la palabra» de esas modestas revistas de los años treinta. Hablaba como un pájaro que va picoteando del suelo y arquea después el cuello para tragar.

Optaba por las metáforas y las generalizaciones temerarias, como las que incluyen en sus diarios los escritores franceses. Todo cuanto decía sonaba verdadero y falso a la vez. Y, sin embargo, yo detectaba la fuerza de su inteligencia y admiraba algunas de sus imágenes.

Se me ocurrió que aquella conversación podía ser una entrevista, una prueba para verificar mi idoneidad como inquilino o vecino, así que empecé a inflar mis observaciones. Me había vestido con el uniforme

de faena del ejército, y Sheri me preguntó dónde había estado en la guerra. Me preguntó si había matado a alguien.

Le dije que no. Que ojalá. Que en ese caso tendría la sensación de haber llegado más lejos en la vida.

Cuando casi empezaba a creer que Sheri se había olvidado de la razón de mi visita, se levantó y se ofreció a enseñarme el otro apartamento, que estaba justo enfrente. Yo llevaba tiempo esperando aquel momento, imaginándome en mi propia casa, en el Village, pero me bastó con echar un vistazo al otro apartamento para comprender la simpleza de mis aspiraciones. Lo cierto es que para entonces comenzaba a darme cuenta de que nada en Sheri Donatti era sencillo, que detrás de cada gesto se escondía otro. Detrás de la puerta del otro apartamento, por ejemplo, había una rotativa gigantesca, que acechaba en la pequeña cocina como un animal grande y negro, como un oso o un búfalo.

Era una máquina enorme y muy pesada, y por cómo la presentó Sheri me di cuenta de que era suya. Sheri Donatti era muchas más cosas de lo que yo pensaba. Aquél era otro aspecto de su personalidad. Era la maquinista de aquella locomotora. La máquina ocupaba la mayor parte de la cocina, que tenía el tamaño de las otras dos habitaciones juntas. Tuve la sensación de haber entrado en la guarida, en el cubil de la bestia. De que el apartamento ya estaba ocupado. No había sitio para mí a menos que durmiera en los brazos del monstruo.

Eché un vistazo a los otros dos cuartos, llenos de cajas, ropa y cuadros. Todo estaba abarrotado hasta los topes. Me sentí como si me pidieran que resolviera un acertijo o un enigma. ¿Cómo encajaba yo en aquel espacio congestionado? ¿Estaba Sheri ofreciéndome el apartamento o no? Vi que tendría que preguntárselo. Aunque me sentí como un lerdo, como quien no pillaba el chiste, tuve que hacer la pregunta: ¿Puedo quedarme con este apartamento?

Sonrió al ver que me había forzado a preguntar.

Me quedo con él, dije.

No sé exactamente por qué quise quedarme. La respuesta evidente era que me gustaba Sheri Donatti, pero no me gustaba, que yo supiera. Era atractiva, desde luego que sí, pero mis gustos seguían siendo convencionales. Lo que yo sentía no era deseo sino una intensa y ociosa curiosidad, la sensación de que aquella chica era mi paso siguiente, de que era mi futuro o mi destino. Me vi arrastrado por Sheri Donatti igual que me había visto arrastrado para alistarme en el ejército.

Volví a Brooklyn, guardé mi ropa y mis libros en una maleta y me despedí de mis padres con un beso. No sabían qué decir, porque yo era un veterano de guerra. Aunque lamenté mentirles, les dije que les invitaría a mi apartamento cuando me hubiese instalado. Había pedido un taxi y, cuando ya me alejaba—mis padres me decían adiós con la mano desde la puerta y yo les decía adiós con la mano—tuve esa sensación de

que no hay vuelta atrás que tienen los jóvenes en parecidas circunstancias.

Cuando llegué a la calle Jones, Sheri me indicó dónde poner mis cosas. Me dejó parte de un armario en su dormitorio, y allí me colgué, como aquel que dice. Si aquello era un acto de seducción era muy abstracto. Hice como si entendiera lo que estaba pasando, aunque no paraba de observar a Sheri en busca de pistas. Supongo que se me había ocurrido que las cosas podrían ser así, pero nunca tuve la sensación consciente de estar tomando una decisión.

Nunca sabré por qué me eligió Sheri. Tal como descubriría más tarde no le faltaba dónde escoger. Tal vez viese algo en mí que yo no había visto, o tal vez pensara que podía hacer conmigo algo que a mí jamás se me había pasado por la cabeza.

1946 fue un buen momento, puede que el mejor, del siglo xx. La guerra había terminado, la Gran Depresión había quedado atrás, y todo el mundo redescubría los placeres sencillos. Una guerra es como una enfermedad y, cuando pasa, el enfermo piensa que nunca se ha sentido mejor. Se experimenta una estupenda sensación de regresar y retomar las riendas de la propia vida.

Nueva York nunca había sido más atractiva. Los años de posguerra fueron como una gran sonrisa en su triste historia. El Village, en 1946, era lo más parecido a París en los años veinte. Los alquileres eran baratos,

los restaurantes eran baratos, y yo creía que incluso la felicidad podía adquirirse a un bajo precio. Las calles y los bares estaban llenos de escritores y pintores, y de ese otro estilo de jóvenes, chicos y chicas, que buscan la compañía de los primeros. Futuros novelistas y poetas jugaban al fútbol en los alrededores de la fuente en Washington Square, y las chicas recién salidas de las facultades de la Ivy League contemplaban el paisaje con los ojos rebosantes de historia del arte. La gente que se sentaba en los bancos llevaba libros en la mano.

A mí me daba igual el mal estado en que se encontraba buena parte del barrio. Pensaba que todo carácter era una forma de desgaste, de erosión de las superficies. Veía en aquel desgaste nuestra versión de las ruinas, las reliquias de una breve historia. La tristeza de los edificios era literaria. Yo tenía veintiséis años y la tristeza era un estimulante, incluso un afrodisíaco.

Ahora bien, mientras que la miseria exterior me parecía muy bien, como ambiente urbano, la suciedad doméstica hizo que aflorase el burgués que yo llevaba dentro. Éste fue el primer defecto de mi nuevo paraíso. Por lo visto, Sheri nunca limpiaba la casa, y que lo hiciera yo habría parecido una crítica o un incumplimiento de contrato. Traté de ignorarlo, de tomármelo con filosofía. Puede que sea un sitio sucio, pero no es sórdido. ¿Qué es la suciedad?, me pregunté, como en la universidad preguntábamos: ¿qué es la materia? Esta sustancia que trituro con los pies al andar, ¿po-

dría considerarse un elemento neutro, como la arena? ¿Era como acampar tan cerca de la suciedad? A fin de cuentas, razoné, ¿no es el arte en sí mismo un tipo de suciedad?

La primera noche que pasé en la calle Jones me desperté antes del amanecer con ganas de hacer pis. Zaran-deé a Sheri para preguntarle dónde guardaba la llave del baño, que estaba en el pasillo.

Mea en el fregadero, me dijo.

Hay platos en el fregadero.

Hay que lavarlos de todos modos.

Pero se me hacía difícil mear en el fregadero, porque la idea me excitaba.

Pasaba lo mismo con la bañera, que estaba en la cocina. Nunca fui capaz de mirarla sin pasión. Siempre me había parecido exhibicionismo meterse en una bañera delante de alguien. Yo era hijo único, de padres católicos del barrio francés de Nueva Orleans, y no hay gente más obsesionada con el sexo que la burguesía francesa, sobre todo si a eso se le añade el factor colonial.

Puede que la prueba más difícil para mí fuese la manera de vestir de Sheri. Por debajo sólo llevaba un sujetador con relleno, porque tenía complejo de pechos pequeños. No usaba bragas ni medias, ni siquiera en invierno, y eso a mí me atormentaba. Cuando íbamos por la calle, me imaginaba la sonrisa que ofrecían al

mundo sus partes más íntimas. Por lo que yo sabía, Sheri era capaz de levantarse la falda de buenas a primeras y exhibirse ante la gente y los edificios. ¿Y si hacía viento? ¿Y si se resbalaba y se caía?

Se cayó una vez. Fue en una papelería de la Cuarta Oeste, y terminó en el suelo porque tropezó con W. H. Auden. La verdad es que se cayeron los dos. Auden vivía a la vuelta de la esquina, en la calle Cornelia, y yo lo veía a menudo correteando por el barrio, cargado de libros y de papeles. Parecía un hombre que huiese de un edificio en llamas con las pocas pertenencias que había logrado rescatar. Tenía unos andares peculiares como si se escabullera, quizá porque siempre iba en alpargatas.

Auden entró en la papelería apresuradamente, justo cuando nosotros salíamos. Sheri iba delante de mí, y él se dio de bruces con ella. Como él mismo escribió en alguna parte, la fantasía nos vuelve torpes. También dijo que el arte de vivir en Nueva York reside en cruzar la calle con los semáforos en rojo.

No era difícil derribar a Sheri, porque flotaba en lugar de andar, y Auden tenía todo el ímpetu de su poesía y su nerviosismo. El caso es que Sheri se fue hacia atrás, se agarró del cuello de Auden, y los dos cayeron a la vez, él encima de ella. Yo estaba tan preocupado de que se le levantase la falda que ni siquiera me paré a pensar si se había hecho daño. Sheri estaba tirada en el suelo, debajo de uno de los poetas más famosos de

nuestro tiempo, y yo no era capaz de ver ni poesía ni humor en aquel incidente.

Sheri seguía aferrada a Auden, que estaba como desmadejado en sus brazos y trataba de incorporarse desesperadamente, escarbando el suelo con las manos y las alpargatas. Mientras Auden balbuceaba unas palabras incoherentes, disculpándose y protestando al mismo tiempo, Sheri me sonreía por encima de su hombro, como si estuviera bailando con él.

Hasta entonces, el sexo en mi vida siempre había sido improvisado. Se hacía a toda prisa, en espacios prestados y muchas veces incómodos, embutido entre acontecimientos que no guardaban ninguna relación, como la marcha o la llegada de los padres o compañeros de habitación, o la proximidad del amanecer. Ahora podía disfrutar del sexo cuando quisiera. Había evolucionado y había dejado de ser una idea obsesiva para convertirse en un hecho asombroso, un objeto independiente, como un monumento. Ahí estaba perpetuamente cuando yo no tenía otra cosa que hacer.

Yo siempre había creído, puede que de una manera sentimental, que hacer el amor aclaraba las cosas, que la gente se comprendía mejor gracias a eso. Pero con Sheri no funcionaba así: lo cierto es que cada vez me resultaba más enigmática.

Sheri hacía el amor igual que hablaba, rompiendo la gramática y los ritmos sexuales. Los jóvenes tienden

a ser monótonos cuando hacen el amor, pero Sheri se adueñó de mi monotonía y se propuso desarrollar variaciones a partir de ella, como si estuviera componiendo una fuga. Si yo era un pistón, ella era la *Máquina temblorosa* de Paul Klee.

Sheri era como una de esas cantantes de jazz negras que va en contra de la melodía y no presta atención al final natural de las frases. La mayoría de la gente coincide en que hay cierto ritmo en el sexo, pero ella se resistía a todos mis intentos de coordinación. Nunca tenía orgasmos: decía que no quería. Yo sí quería, pero tuve que acostumbrarme a alcanzarlos de una forma nueva para mí. En lugar de ir construyendo el orgasmo poco a poco, o ascendiendo hacia el clímax, yo descendía. Se parecía al desplome de una estructura, a un edificio que se desmorona. Recuerdo que una vez pensé que aquello era todo lo contrario de la eyaculación precoz.

Yo concebía el acto amoroso como una secuencia de preguntas y respuestas, pero en nuestro caso sólo conducía a nuevas preguntas, hasta que parecíamos enzarzados en un debate filosófico. En lugar de la proverbial tristeza poscoito yo sentía algo así como una desesperación semántica.

Nuestra progresión sexual me recordaba a un ejercicio de traducción simultánea. Es verdad que de vez en cuando hablábamos el mismo idioma y por momentos Sheri permitía que sintonizáramos, que tocásemos la

misma nota al mismo tiempo, y yo me sentía de pronto acústico, como si resonara con fuerza en el silencio.

Las noches que nos quedábamos en casa, yo me sentaba con un libro en las rodillas y observaba a Sheri mientras ella pintaba, pero si me miraba y me veía leyendo, soltaba el pincel, se acercaba y concentraba todo su arte en mí. Sheri desconfiaba de los libros. Nunca la vi leyendo. Creo que temía que yo tal vez encontrase en los libros algo que me diera ventaja sobre ella, o algo que pudiera utilizar contra ella.

Yo sentía lo mismo con respecto a su pintura. Sheri era una pintora abstracta, y yo no podía seguirla hasta ese terreno. Me dejaba fuera, como un perro atado a un parquímetro cuando su dueño entra en una tienda. Nunca me había sentido cómodo con la pintura abstracta. Ni tenía talento para la abstracción ni veía su necesidad, y tampoco su belleza. Como las políticas liberales, la abstracción eliminaba muchas cosas que me gustaban.

Pensé que si lograba entender su pintura nuestras relaciones sexuales serían mejores. Existiríamos en el mismo plano pictórico, posaríamos cada cual para su propio retrato, mezclaríamos nuestras formas y colores, crearíamos composiciones. Seríamos como dos personas que van recorriendo una galería o un museo y se emocionan con las mismas cosas.

Empecé a leer sobre pintura abstracta. Fui a husmear en los estanterías de la biblioteca del Museo de

Arte Moderno, a estudiar para mi nueva vida. Había llegado a creer que el arte moderno era el rito de iniciación para adentrarse en aquella vida, como las novatadas para formar parte de una hermandad universitaria. Cuando estaba en el Brooklyn College, todo el mundo me instaba a afiliarme al Partido Comunista, pero yo me negaba, porque me parecía una batalla con la realidad desprovista de interés. El arte moderno era una contienda que me atraía más. Aunque nunca llegó a gustarme, disfrutaba con la terminología del debate. Me impresionaban la impaciencia, la insatisfacción, la agresividad, el ingenio y la pretensión de todas las teorías.

Descubrí que uno siempre puede ver su propia vida reflejada en el arte, aunque sea distorsionada o destenida. Por ejemplo, en un libro sobre surrealismo, encontré una frase que se me quedó grabada: «La belleza es el encuentro fortuito, en una mesa de operaciones, de una máquina de coser y un paraguas».